

¿Por qué la liturgia no llega al pueblo?

Casiano Floristán*

A pesar del cambio litúrgico promovido por el Vaticano II, recibido y aplicado en todas partes con entusiasmo, se advierte en la Iglesia posconciliar una cierta insatisfacción cultural. No sólo ha descendido numéricamente la presencia de fieles en las celebraciones, sino que existe un «malestar sacramental» entre laicos creyentes que optan por el compromiso sociopolítico y entre sacerdotes con vocación evangelizadora que se niegan a ser únicamente ministros del sacramento. Ciertamente, la liturgia es fomentada por la jerarquía, promovida pastoralmente por los responsables de la acción pastoral y estudiada con dimensión teológica en diversos centros de estudio, con un despliegue inusitado de publicaciones. Sin embargo, la liturgia no llega del todo al pueblo.

Para responder a esta cuestión, estudiaré las deficiencias que tenía la liturgia en vísperas del Vaticano II, las dificultades que han surgido a la hora de la reforma conciliar y los caminos de recuperación para que el pueblo creyente participe «consciente, activa y fructíferamente» (SC, 11), como lo pre-

* Doctor en Liturgia. Madrid.

tendió el movimiento litúrgico, primero, y la constitución sobre la liturgia, después.

1. Deficiencias heredadas

LOS historiadores de la liturgia muestran que desde los comienzos de la Edad Media hasta los inicios del s. XX, el pueblo cristiano, aunque asistía masivamente a la misa dominical, comulgaba únicamente tres o cuatro veces al año. Se invocan varias razones: exceso de culpabilidad, dura exigencia penitencial, abstinencia conyugal antes de comulgar, desconocimiento del latín, clericalización, exigencia previa de confesión y suplencia por la comunión espiritual. Muchos bautizados se limitaban a confesar sus pecados y a comulgar anualmente por Pascua. Su presencia en la misa dominical, en virtud de la «ley del domingo», fue en los años anteriores al Concilio relativamente alta, pero con evidentes desproporciones: mayoría de mujeres, escasez de personas entre los catorce y los cuarenta años y más asistentes que participantes en la comunión eucarística.

La preparación litúrgica del pueblo cristiano, tradicionalmente transmitida por la *catequesis del catecismo*, se basaba en una teología simplificada de los manuales escolásticos, sin exégesis suficiente y sin conexiones con la vida concreta, puesto el acento en el valor salvador sacramental, la obligatoriedad canónica de la asistencia semanal o anual, las exigencias de una vida en gracia para comulgar y el cumplimiento meticuloso de un rito ceremonial, especialmente por parte del sacerdote *celebrante*.

Como consecuencia de haberse celebrado en la Iglesia durante siglos de espaldas a la asamblea en una lengua muerta, la masa de fieles no escuchó adecuadamente la palabra de Dios, ni participó activamente en la plegaria litúrgica de la Iglesia. De otra parte, la fijación de la biblia en la traducción latina de la *vulgata*, junto a las restricciones impuestas por la jerarquía en la lectura de la Escritura por miedo a interpretaciones personales, dificultó sobremanera al pueblo cristiano su formación bíblica. De hecho, los catecismos y manuales de teología suplían a la Escritura, y los devocionarios y devociones piadosas suplantaban a la liturgia. No estaba centrada la vida cristiana en sus genuinas fuentes.

Paradójicamente, el catolicismo vivido modernamente desde el Concilio de Trento hasta el Vaticano II, ha sido básicamente una religión sacramental y devocional. Ahora bien, el sentido y significado del sacramento ha sido desfigurado por multitud de intereses e ignorancias. Los sacramentos, al ser per-

cibidos como meros ritos religiosos, se los ha identificado a menudo con lo mágico o se los ha entendido como «instrumentos de la gracia», a saber, cosas que se reciben, no acciones litúrgicas que se celebran para vivirlas con experiencia religiosa. En muchas ocasiones los sacramentos se han convertido en ceremonias sociales o familiares que dan solemnidad a ciertos momentos de la vida.

La liturgia preconiliar, fijada por medio de normas precisas, numerosas y minuciosas, sin posibilidad de cambiar ningún texto o rito, en la lengua latina ininteligible para el pueblo, llevada a cabo por el sacerdote sin la participación de los fieles, e incluso sin su presencia, y exactamente igual en todo el orbe católico, respondía a un culto sagrado, intemporal y clerical. Los fieles asistían obedientes, sumisos y piadosos. Por no contar con la asamblea, todavía cuesta hoy que los laicos se interesen por la liturgia.

En resumen, la liturgia ha vivido durante siglos un peligroso divorcio con el mundo sociopolítico, la cultura, la piedad popular, la devoción personal y la exigencia comunitaria. De un lado estaban las ceremonias de la Iglesia, propias de monjes y de clérigos; de otro, la piedad de los fieles con múltiples devociones populares.

2. Dificultades posconciliares

LA reforma litúrgica del Vaticano II pretendió atajar las deficiencias culturales heredadas. Hubo una primera etapa del *entusiasmo*, correspondiente a la década de los sesenta. La mayor parte de los sacerdotes y fieles acogieron con entusiasmo la reforma litúrgica. Se puso el acento en el misterio pascual, creció la participación de los fieles y su sentido comunitario, se diversificaron los ministerios de la asamblea, aparecieron las liturgias «domésticas» y de grupo y se dignificó el culto. Como contrapartida, faltó una adecuada preparación litúrgica, catequética y bíblica en sacerdotes y fieles, aumentó la verbalidad por inflación de la palabra y se simplificaron los signos en exceso. Un punto concreto, importante y de difícil solución es la homilía del presidente: en ocasiones aburre, otras veces irrita y en pocos casos produce un significativo silencio.

A la etapa del entusiasmo sucedió la del *desencanto*, que corresponde a la década de los setenta, tiempo de desacralización y de fijación de las celebraciones de acuerdo a los nuevos libros litúrgicos editados. Se comprobó que la liturgia no resuelve el mundo de la acción pastoral. Coincide esta etapa con las corrientes seculares y el despertar político, el crecimiento rápido de la

secularización de la sociedad y la crisis de los sacerdotes y de algunos movimientos apostólicos. Al ver que la liturgia no resolvía los problemas de fondo, la preocupación se volcó hacia la evangelización, el compromiso social, el testimonio de vida y la militancia en diversas organizaciones y agrupaciones. Se advirtió, asimismo, que los cursillos de preparación litúrgica recibidos por los sacerdotes en la etapa anterior se mostraron insuficientes.

Nos encontramos en una tercera etapa, la del *estancamiento* y la *recuperación*, correspondiente a las décadas de los ochenta y noventa. Todavía se advierte hoy un contencioso antiguo, no resuelto, entre los «restauracionistas» que desean volver de algún modo a la fijación normativa de la liturgia preconiliar, añorando el latín y el gregoriano, y los «reformadores» que desean avanzar en la aplicación de los criterios conciliares, especialmente desde las exigencias comunitarias, el dinamismo de lo social y la necesidad de la inculturación. El pueblo sencillo se encuentra desconcertado entre el retorno imposible a la situación anterior y el progreso paralizado a causa de una nueva congelación de las normas celebrativas.

En los años posconciliares se advierte un descenso general de prácticas religiosas, aunque diversificado. Son varias las razones que se aducen para explicar este fenómeno. De una parte se ha hecho menos rígida en la conciencia católica «la obligación de *oír* misa los domingos y fiestas de guardar» y ha crecido inusitadamente la libertad religiosa, proclamada precisamente por el Vaticano II. De otra parte, son evidentes el influjo de la secularización en la sociedad nortatlántica, la importancia de los medios de comunicación, el crecimiento de la urbanización, emigración y turismo, el ascenso del confort en la sociedad de consumo y la aparición de las competencias que ejercen en todos sus niveles las *sociedades abiertas*. En resumen, las prácticas litúrgicas han sufrido una crisis en determinados sectores o edades, sobre todo en la juventud, por los cambios culturales, la crisis sacerdotal, el desplazamiento que hoy padece la religión y la misma purificación de la fe en el interior de la Iglesia.

Con la reforma conciliar las celebraciones han mejorado en general, pero no es menos cierto que la juventud está ausente y que predominan las personas de alta edad (de cinco asistentes, un joven), hay mayoría de mujeres (los dos tercios) y el estilo se ha estancado en una mediocre rutina.

3. Caminos de recuperación

AL mismo tiempo que disminuye la sacramentalización masiva del pueblo cristiano se observa una recuperación

selectiva de la sacramentalidad, ligada a comunidades cristianas y movimientos eclesiales, ya que la reforma litúrgica ha conseguido una mejor y mayor participación. El uso de la lengua del pueblo, la lectura más calificada y abundante de la palabra de Dios, la importancia dada a la homilía, la restauración de las preces de los fieles, el apoyo de las moniciones, la incorporación de silencios prolongados y la introducción de nuevos cantos han repercutido en el logro de una celebración eucarística, dotada de un ritual más simple, un marco comunitario más exigente y un entronque mayor con la vida. Además, hoy son más tenues las presiones externas para practicar y mayores las exigencias de autenticidad. Las misas *domésticas*, la búsqueda de una identidad cristiana, la preocupación por el compromiso sociopolítico y, en general, la renovación del mundo comunitario son factores importantes añadidos al crecimiento cualitativo de las celebraciones litúrgicas. El descenso numérico, a secas, no es totalmente negativo. Se ha venido abajo —arrastrando, eso sí, algunos valores muy estimables— todo un sistema cultural insostenible.

Recordemos que se da hoy una asistencia masiva de fieles cuando la liturgia tiene caracteres populares, a saber, cuando entra por los cinco sentidos en un clima cálido y espontáneo celebrativo, como ocurre en la adoración del Niño por Navidad, la bendición de animales por San Antón, la procesión de luminarias en la Candelaria, la recepción de la ceniza a la entrada en la cuaresma, la procesión de ramos al inicio de la semana santa, el lavatorio de los pies en Jueves Santo, la adoración de la cruz del Viernes Santo, el lucernario de la Vigilia Pascual, las subidas gozosas con la comida a la ermita y las visitas con flores al cementerio. Esto nos lleva a tomar en serio los signos, símbolos y gestos corporales. En el fondo, es más fácil popularizar la liturgia que evangelizar con la liturgia el catolicismo popular.

No olvidemos que la liturgia sin experiencia religiosa de Dios es una liturgia muerta. Hace falta fomentar en el ámbito litúrgico una experiencia religiosa popular mediante lenguajes performativos y signos que hablan por sí mismos, lecturas bíblicas introducidas y textos actuales de calidad, cantos y audiciones musicales que calen en la asamblea y oraciones con sentimientos profundos, silencios sonoros y apelaciones a comportamientos éticos, ritmos que alternan momentos tensos con espacios de relajación, sencillez alternada con gestos de solemnidad. La liturgia no se improvisa. Hay que prepararla en grupo y realizarla con la cooperación de todos. Así se logra su objetivo: «la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios» (SC, 10).